Sebastián Vaquerano

LA GUERRA CONTRA LOS FILIBUSTEROS: UNA GESTA CENTROAMERICANA

Academia Morista Costarricense

CONTRIBUYENTES DE HONOR
AL FONDO DE PUBLICACIONES

Ana María Botey Sobrado
Asociación Morista La Tertulia del 56
Elizabeth Fonseca Corrales
Fraser Pirie Robson
John Cravens Young
Juan Manuel Villasuso Estomba
Juan Rafael Quesada Camacho
Lissette Monge Ureña
Manuel Araya Incera
María Eugenia Bozzoli Vargas
Sebastián Vaquerano López
Tomás Federico Arias Castro
Vladimir de la Cruz de Lemos

© Sebastián Vaquerano

Academia Morista Costarricense
contactoacademiamorista@gmail.com
23 de setiembre de 2023
San José, Costa Rica

LA GUERRA CONTRA LOS FILIBUSTEROS: UNA GESTA CENTROAMERICANA*

Sebastián Vaquerano**

I

Cuando llegó a Nicaragua por primera vez, William Walker traía claro lo que quería. Para ello, lo había inducido su fracaso en 1853 cuando pretendió apropiarse de los territorios mexicanos de Baja California y Sonora, y fundar la "República de Sonora". Aunque parezca contradictorio, esa desastrosa experiencia desató su megalomanía, de manera que cuando le plantearon la aventura de Nicaragua lo interpretó como una segunda oportunidad para convertir en realidad su idealizada aspiración: ser presidente de una república basada

---

* Discurso de ingreso a la Academia Morista Costarricense, como Miembro de Número. Pronunciado en San José, Costa Rica, el 30 de marzo de 2023.

** Estudió Economía en la Universidad de El Salvador y en la Universidad de Costa Rica. Fue Director de la Editorial Universitaria Centroamericana (EDUCA) y Embajador de El Salvador en Costa Rica durante el período 2009–2019.

en la supremacía anglosajona y el esclavismo de los mestizos. Por supuesto, no le parecía una idea disparatada ya que era del mundo del que venía.

Desde que se lo propusieron, su idea fue apropiarse de Nicaragua como un primer paso dentro de un proyecto mayor: someter a los cinco recién creados países de Centroamérica, dispersos y débiles, después del descalabro de la Federación que sustituyó al poder colonial español. Era una quimera de Walker, sin duda, pero para una mentalidad como la suya el plan parecía enteramente factible. Además, el entorno estadounidense en donde había nacido y crecido andaba en parecidos afanes: la apropiación de territorios vecinos. Era la época de la gran expansión territorial de Estados Unidos.

Podría pensarse que lo de Walker eran solo los desvaríos de un personaje desequilibrado, pero esa hipótesis resulta endeble ante el análisis, ya que esos apetitos por la expansión territorial, en su país, era una consistente política de Estado impulsada por los presidentes y aprobada por el Congreso. Después de su independencia, Estados Unidos comenzó a desplegarse como la potencia que sustituiría el predominio de Inglaterra en el mundo occidental.

Los que no tenían claro el peligro eran los nicaragüenses que contrataron a Walker. Para quienes lo contrataron, los "democráticos" de León, liberales, lo único que contaba era su afán de liquidar

a sus rivales de la ciudad de Granada, "los conservadores". "El vulgo errante, municipal y espeso" —frase de Rubén Darío— apodó calandracas a los primeros y timbucos a los segundos.

Para entonces Nicaragua tenía un año de estar en una larga guerra de expectativas inciertas en la que no se perfilaba ganador, hasta que, en lo que les pareció un válido golpe de audacia, "los democráticos" decidieron contratar mercenarios para inclinar la contienda en su beneficio. Producto de esa idea, aparece Walker a la cabeza de 58 filibusteros arribando en la embarcación *Vesta* al puerto de El Realejo en el Pacífico nicaragüense: era el 16 de junio de 1855. Trece meses más tarde se proclamaría presidente tras unas elecciones amañadas, enteramente fraudulentas, restablecería la esclavitud y decretaría el inglés como idioma oficial. Había logrado su primer escalón.

Si solo se tratase de los desvaríos de un individuo (médico, abogado y periodista) que había embaucado a decenas de aventureros, el problema habría sido relativamente fácil de lidiar. Pero no era solo eso. Walker estaba, política y financieramente respaldado por los estados del sur de los Estados Unidos en donde la producción estaba basada en la esclavitud y el racismo, ambiente del que, lógicamente, le nació el modelo a replicar en Centroamérica. Aunque las élites del norte y del sur estadounidense tenían contradicciones entre

ellas, también compartían un punto en común: abrazaban la misma visión sobre la necesidad de mayor expansión territorial para el joven capitalismo norteamericano. Las autoridades del país tenían una concepción basada en la industrialización y el comercio, radicalmente opuesta a la esclavitud imperante en las plantaciones sureñas de algodón, tabaco y caña de azúcar. Estos latifundistas pensaban que ese orden era el que debía regir en toda la sociedad. La confrontación fue tan antagónica, que únicamente pudieron resolverla llegando a una devastadora Guerra de Secesión que daría el triunfo a los estados del norte.

Una primera formulación de esa visión totalitaria fue oficializada ante el Congreso por el presidente James Monroe en 1823, en un discurso que fue un claro mensaje a los apetitos europeos sobre América Latina. A partir de entonces, el continente sería, para esa élite, un espacio reservado para los estadounidenses. "América para los americanos" rezaba con elocuencia la frase símbolo de ese planteamiento. Iniciaban con esa advertencia una nueva disputa por la hegemonía mundial: un poderío naciente, Estados Unidos, desafiaba a Inglaterra, potencia dominante del mundo occidental en esa época. Tal concepción evolucionó a través del tiempo y en 1845, otra exitosa frase, "el Destino Manifiesto", fue utilizada por el periodista John Sullivan en una revista de Nueva York en la que mencionaba a

Estados Unidos con la calidad de pueblo designado por la Providencia para expandirse por el mundo y reproducir a escala planetaria su ordenamiento social. La frase del presidente Monroe había encontrado su complemento doctrinario. Es pertinente decir que, en la práctica, tal política venía siendo aplicada desde el inicio del siglo y lo siguió siendo en los años venideros. Si tenemos en consideración estos hechos, podemos inferir que cuando Centroamérica libró una guerra contra Walker lo hicimos contra el mal menor, contra una bestia descarriada de la manada a la que pertenecía. Otra historia sería la nuestra si nos hubiésemos enfrentado al gobierno de los Estados Unidos, como le tocó a México en esos años.

II

Lo que Walker no podía imaginar era que desde la distante Centroamérica le estaban siguiendo los pasos. El presidente de Costa Rica, Juan Rafael Mora, estaba siendo ampliamente informado de sus movimientos, de los magnates que lo apoyaban y de la simpatía que despertaba en esos sectores. No le costó mucho llegar a la conclusión que la confrontación contra los filibusteros sería inevitable y que la guerra estaba a las puertas. Comenzó a prepararla discretamente.

Partieron emisarios calificados a otros países de Centroamérica, adquirió en silencio modernos pertrechos, capacitó al cuerpo de oficiales, compactó a su alrededor a los dirigentes más capaces, tejió los apoyos diplomáticos necesarios y reforzó el ascendiente de su hermano, general José Joaquín Mora, como jefe del ejército costarricense. También logró el aval legislativo para contraer préstamos para la lucha que se acercaba y, finalmente, convocó a las armas a sus conciudadanos. Juan Rafael Mora fue el líder visionario que descifró a tiempo el significado de la llegada de Walker y propició las alianzas con los gobiernos de la región para hacer un frente común contra el invasor.

Para entonces, Centroamérica pasaba por momentos sumamente difíciles. La República Federal de Centroamérica —que después de la independencia fue el proyecto que sustituyó al gobierno español— se había derrumbado con la derrota de Morazán infringida por el general guatemalteco Rafael Carrera. Lo que antes había sido el orden de la dominación española fue sustituido por cinco fragmentos débilmente relacionados, comenzando así un nuevo período de inestabilidad y guerras intestinas en la región en el que afloraron las contradicciones locales y apareció el caudillismo militar. En Guatemala, el general Carrera había llegado a la presidencia y consolidado su poder conservador manteniéndose en él hasta el día de su muerte en

1865 (estuvo 18 años en el poder). En Honduras, pasada la guerra contra Nicaragua, asumió la presidencia el general José Santos Guardiola, quien se esforzaba por resistir las manipulaciones de Carrera empeñado en propagar el dominio conservador a toda Centroamérica. El ambiente era convulso. En El Salvador, por ejemplo, entre 1841 y 1850, la presidencia cambió de manos 25 veces ¡Un promedio de casi tres presidentes por año! Para terminar de rematar el caos, un violento terremoto en abril de 1854 destruyó San Salvador y la capital tuvo que ser trasladada a Cojutepeque, 37 km al sur. Eso sucedía dos años antes de iniciar la guerra.

Para la lucha contra los filibusteros, el presidente de El Salvador, Rafael Campo Pomar, a pesar de las enormes estrecheces económicas, se esmeró en cumplir fielmente con los compromisos bélicos. Todos los países de la región pasaban por crisis de inestabilidad y violencia; únicamente en Costa Rica la vida de la población discurría con relativa tranquilidad.

Una sabia norma que aplicó Mora al impulsar la alianza regional que enfrentaría al enemigo común fue que no había que poner por condición para pertenecer a ella la superación previa de los problemas internos de los centroamericanos; que había que hacerlo a partir de algunos acuerdos básicos sobre intereses compartidos y sobrellevar los problemas procurando que cada país participara

de conformidad con sus capacidades y limitaciones. Ayer como hoy, la norma sigue siendo válida.

El ejército de Costa Rica comenzó las primeras acciones porque así lo determinaron las circunstancias. Cuando el resto de los países de la región estaban en los preparativos logísticos de los acuerdos tomados (no se había fijado la fecha de ataque) Walker invadió territorio costarricense con un batallón de 300 hombres ocupando militarmente la hacienda Santa Rosa, en Guanacaste, el 16 de marzo de 1856. Ante esa circunstancia, el presidente Mora no disponía de tiempo para esperar a sus aliados pues la invasión del su territorio demandaba una reacción inmediata: esta se produjo al mando del general José Joaquín Mora al frente de 700 soldados y dio por resultado la primera victoria militar contra los filibusteros. La guerra había comenzado. Era el 20 de marzo de 1856.

Aunque pequeño para la envergadura del reto, el ejército costarricense era el único que poseía moderna fusilería (fusiles minié, con tecnología recién utilizada en la guerra de Crimea). Contrario a los países centroamericanos que todavía usaban anticuados fusiles de chispa, había adquirido moderna fusilería, reforzado su modesta artillería con suficientes cañones, contratado experimentados militares europeos para capacitar a sus oficiales, los campesinos y artesanos alistados en la tropa vistieron uniformes militares y los soldados descalzos,

fueron dotados de alpargatas. La conducción estratégica fue encomendada al general José Joaquín Mora, graduado de la academia militar de Guatemala, además de hermano del presidente de la república. Como segundo al mando designó al general salvadoreño José María Cañas, veterano de las guerras morazánicas, radicado en el país y casado con su hermana, Guadalupe Mora Porras.

El 11 de abril siguiente se produjo la Batalla de Rivas, en la que Costa Rica entró en combate contra los invasores. El encuentro terminó sin victoria para ambas fuerzas pues Walker llamó a retirada durante la noche y se adentró en territorio nicaragüense (en la usanza militar una retirada no es una derrota; es solo un movimiento táctico utilizado en las guerras con relativa frecuencia). Sin embargo, después de esa batalla, y con numerosas bajas y estragos causados por el cólera, Mora decidió evacuar Rivas y retornar a las que creía seguras tierras del valle central de su país. El ejército costarricense debió replegarse. Para organizar el retorno fue puesto al mando el general José María Cañas, quien cumplió cabalmente su misión.

Se estima que Costa Rica perdió en esa fase de la guerra al 10% de la población, que para esa época se estimaba en 110.000 habitantes. La peste también azotó con fuerza al resto de países de Centroamérica, quienes debieron perder un porcentaje similar al de Costa Rica. Fue tan generalizada que,

víctima de esa epidemia, murieron decenas de miles de ciudadanos en todos los países. En Guatemala, murió la esposa del presidente Carrera y también los jefes del ejército guatemalteco, generales Mariano Paredes y Joaquín Solares; en El Salvador, falleció por la misma causa el que había sido jefe de las tropas salvadoreñas y jefe del ejército aliado, general Ramón Belloso. Era época lluviosa y la fiebre amarilla, el cólera y la guerra contra los filibusteros devastaban Centroamérica.

No haré un recuento de las batallas producidas ya que no es el objeto de estas reflexiones. Por otra parte, tal labor, ya ha sido hecha por historiadores de brillante reputación. Basta con apoyarse en ellos.

III

Si bien Mora adoptó una política comprensiva ante las carencias de los países de la región, también valoraba como esencial la participación centroamericana en el esfuerzo bélico. Esta tendría que producirse como bloque, como lo era la amenaza filibustera. Las autoridades de Guatemala, El Salvador y Honduras así lo entendieron y, uno tras otro, fueron enviando sus contingentes a la lucha.

La primera fuerza de combate que llegó fue la salvadoreña, que después de desembarcar en el puerto El Realejo, entró en León el 12 de julio de

1856 al mando del general Ramón Belloso. En la siguiente semana llegó la División de Vanguardia de Guatemala, al mando del general Mariano Paredes; el 18 y 29 de julio el contingente salvadoreño fue reforzado con más combatientes. El 14 de octubre, lo hizo la Segunda División Expedicionaria Guatemalteca y el 11 de diciembre lo hizo la Primera División del Ejército de Honduras al mando del general Florencio Xatruch (quien también asumiría la jefatura del ejército aliado después del general Ramón Belloso). El 30 de marzo del año siguiente, llegaron nuevos refuerzos guatemaltecos. Las últimas fuerzas militares enviadas por El Salvador iban al mando del general Gerardo Barrios (1.300 hombres) con la disposición de dar el golpe final al invasor, pero llegaron a León el 3 de mayo de 1857, tres días después de la capitulación de Walker y no pudieron participar en los combates. Todo ese contingente centroamericano había sido provisto de sus armas de infantería y artillería, de municiones, cañones y equipo logístico financiado con empréstitos suscritos por sus propios gobiernos.

Las fuerzas de Guatemala, El Salvador y Honduras coordinaron acciones con las tropas nicaragüenses (legitimistas y democráticos) que —¡por fin!— mediante el Convenio de León del 12 de septiembre de 1856, habían acordado combatir juntos, en algo parecido a una mala reconciliación. En este período se produjeron la primera y segunda batalla

de Masaya (12 y 18 de octubre), los combates de Granada (13 de octubre), San Jorge (4 de febrero) y el nuevo sitio de Rivas que, después de 36 días de asedio, forzó la capitulación de Walker.

Costa Rica se reincorporó a la guerra siete meses después de su repliegue, luego de reponerse un poco de los efectos del cólera y del deterioro de su economía. Mientras tanto, el peso de los combates lo llevó el resto de países centroamericanos.

El 15 de noviembre 1856, mediante decreto del presidente Mora, Costa Rica entró nuevamente en acción. Para esa fecha, el general Cañas ya estaba en Nicaragua combatiendo al frente de las tropas costarricenses. El país renovó su prestigio con la captura de las fortalezas del río San Juan y de los cinco vapores que operaban en el suministro logístico para Walker. Dichas acciones fueron orientadas por el general José Joaquín Mora y ejecutadas por el mayor Máximo Blanco y los 200 hombres que le habían asignado. Algunas versiones interesadas en magnificar las supuestas hazañas de los anglosajones y en disminuir el aporte de los "mestizos" atribuyen este crédito a su subordinado, al estadounidense Sylvanus Spencer, empleado del empresario Cornelius Vanderbilt. Otra variante es la de "descubrir" la influencia de tal o cual país como si eso fuese un elemento descalificante. Al respecto, es conveniente aclarar que, en todas las guerras, siempre hay que contar como alineados con los conten-

dientes a las potencias hegemónicas del momento. En este caso, eso no fue lo esencial; lo importante fue el papel que se les permitió jugar. Si en aquella ocasión se les hubiese dado mayor espacio, ahora seríamos una estrella más en la bandera de Estados Unidos. Y no lo somos. Ciento sesenta y seis años después, es un lapso bastante amplio que permite afirmar que, en esa época, la integridad territorial y la soberanía fueron resguardados.

Al comenzar el año 1857, las contradicciones en el bando aliado habían conducido a una ineficiente descoordinación, pero, a propuesta del presidente de Guatemala, general Rafael Carrera, fue nombrado general supremo del ejército aliado el costarricense general José Joaquín Mora, con lo que se limaron por un rato las diferencias entre conservadores y liberales nicaragüenses y se estrechó la unidad de las fuerzas centroamericanas. El 18 de marzo, con la llegada a San Jorge, del general Mora al frente de 500 costarricenses, funcionó en el terreno la nueva estructura militar. El general José María Cañas fue nombrado segundo jefe y comandó una división integrada por costarricenses, nicaragüenses y salvadoreños. Al iniciar esta fase de la guerra, el Ejército Aliado contaba con 2.445 efectivos; 1.300 de ellos eran guatemaltecos.

La acción más sobresaliente de este nuevo periodo fue el prolongado sitio de la ciudad de Rivas,

en donde, después de la desgastante inmovilidad operativa para los filibusteros y del bloqueo de suministros por el río San Juan, Walker se vio obligado a la capitulación. Lo hizo el 1° de mayo de 1857 ante el capitán Charles Henry Davis, comandante de la corbeta de guerra *Saint Mary's*, de los Estados Unidos, anclada desde hacía tres meses en San Juan del Sur, a la espera de su atolondrado pasajero. De allí zarpó hacia Panamá y luego hacia Nueva Orleans en donde fue agasajado como héroe.

Después de la capitulación ante el capitán Davis, Walker hizo dos nuevos intentos de retornar a Centroamérica. En el primero de estos (diciembre de 1859) fue apresado en Punta Castilla, Costa Rica, por el comodoro Hiram Paulding, del vapor de guerra norteamericano *Wabash*, y devuelto a las autoridades de los Estados Unidos. El caso se tornó conflictivo y llegó al Congreso. Este, en un exceso de parcialidad, acordó sancionar a Paulding y declarar inocente al jefe filibustero.

En agosto del siguiente año, Walker hizo un nuevo intento de regresar a la región pero fue apresado en Puerto Trujillo, Honduras, sumariamente sometido a juicio y condenado a la pena de muerte. Tarde, cuando estaba ante el pelotón de fusilamiento, comprendió que no tendría "una segunda oportunidad sobre la tierra". Murió el 12 de septiembre de 1860 y con él, los desvaríos esclavistas para Centroamérica.

IV

Para la población centroamericana actual es de fundamental conveniencia conmemorar esta efeméride. No solo por la sabiduría que entraña esa trillada frase que "aquel que no conoce su historia está condenado a repetirla" sino, además, porque las generaciones que nos sucedan necesitarán tenerla siempre presente. Como nos lo enseña la historia contemporánea, el peligro para los países pequeños no ha pasado.

Por más que indaguemos en la historia de Centroamérica, no encontraremos otro hecho que haya impactado con tanta profundidad en la vida de la región como la guerra contra los filibusteros. Si esa crisis la hubiese enfrentado solo uno de nuestros países, no habría sido capaz de contener la vigorosa expansión territorial en marcha, sino que, los cinco países habrían sido arrasados por los acontecimientos. Contrariamente al lema de Walker de "todas o ninguna", los gobiernos de la región parecieron responder al unísono "todos contra él". Y triunfaron. El mérito fue tanto del que descifró el peligro y dio la voz de alarma como también de los centroamericanos que se sumaron al combate y derrotaron al invasor. Todos lo entendieron así: era el único camino. La enseñanza continua vigente.

Esta noche, estando en Costa Rica, la lección sobre la necesidad de exaltar la gesta centroamericana de 1856-1857 parece tan clara como el agua, sin embargo, actualmente, la situación no es así en toda la región, en especial, en los países del llamado "triángulo norte". Como ustedes saben, provengo de El Salvador y conozco mi país. En él, un niño promedio puede cursar todos los niveles de la educación sistemática (incluido el universitario) sin tener, cuando llega a su adultez, más que una vaporosa idea de los hechos de la guerra contra los filibusteros. No podrá precisar la época en que ocurrió ni quienes fueron sus protagonistas, el nombre de las ciudades afectadas, los costos que implicó y, menos, las motivaciones patrióticas de los centroamericanos de entonces o los objetivos perversos de los invasores. Igual es en Guatemala y en Honduras. La guerra del 56-57 pareciera un onírico dato enterrado en algún recóndito recoveco de la memoria. Es preferible asumir esa realidad como cierta que, inútilmente, edulcorarla con hipótesis indemostrables.

Otro hecho. De mis andanzas de editor recuerdo con aprecio la publicación de una obra en seis tomos, emprendida por la Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales-FLACSO. Corría el año 1993 y esta obra conmemorativa de los 500 años de la llegada de los españoles era valorada como toda

una hazaña editorial. La obra se llamó: *Historia General de Centroamérica*. Allí estaban publicados los trabajos de una selección de los mejores intelectuales de la región en el campo de las ciencias sociales. Había antropólogos, sociólogos, historiadores, y economistas, todos intelectuales de gran valía. Halagaba mi vanidad que muchos de ellos eran mis amigos (y siguen siéndolo). Al consultar la obra me encontré con una sorpresa: ese depurado recorrido por la historia de la región, desde los más remotos tiempos hasta el final del siglo XX, no registraba el hecho histórico más trascendental para sus pueblos: la guerra contra los filibusteros. Ninguno lo abordaba. Podría aducirse diversas razones para ello, y seguramente, todas respetables, pero el hecho esencial es que lo habían ignorado. No estaba considerado el período que hermanó a toda la región en lucha armada contra el enemigo común. Las penurias de la población y los miles de vidas que se perdieron en ese período no estaban siquiera mencionadas. Para quien sólo leyera esa obra para conocer lo que ofrecía su título, la historia de Centroamérica, tendría que concluir que la gesta contra los filibusteros fue inexistente, o en el más benévolo de los casos, irrelevante.

Debo destacar que me consta y doy por cierto, que quienes allí escribieron son profesionales honorables y competentes, vale decir, no hubo torcida intención. Eso es, justamente, lo que hace al

tema más complejo ¿Qué pasó entonces? Ambas situaciones existen como hechos; no como especulaciones. Yo creo que ambos son reflejos de una misma causa y que no fueron generados por los participantes. Pero hay algo que es claro: mientras la historia que se reproduzca en los medios ignore la guerra del 56-57, será una historia mutilada, inconclusa, y en consecuencia, estéril.

Para no ser del todo negativo con tales hechos, es pertinente evocar otros recuerdos gratos en sentido inverso. Les cuento uno de ellos. Fue una iniciativa que partió de la Universidad de Costa Rica. Comenzó en 1997 y consistió en becar a varios salvadoreños interesados en la Historia para que cursaran aquí una maestría en esa disciplina y, luego, dependiendo de sus resultados académicos, patrocinar que pudiesen cursar su doctorado en una combinación de estudios en Costa Rica y Europa. Ellos tuvieron los excelentes resultados esperados y culminaron su formación de doctores en Historia. Al retornar a El Salvador y reincorporarse a su trabajo, hicieron las gestiones correspondientes y fundaron lo que hoy es la Escuela de Historia de la Universidad de El Salvador. Aclaro que no participe de esas decisiones y que fui solamente un testigo. Con frecuencia leo con regocijo los artículos publicados por miembros de ese grupo inicial; algunos son sobre la gesta contra los filibusteros. La siembra, está comenzando a dar frutos.

Guardo para mí que fue un proyecto surgido de un sentimiento que anida en lo profundo de los costarricenses y que tiene su origen en las enseñanzas de Juan Rafael Mora, que, como tantas otras, señala un camino a quienes nos sentimos comprometidos con el rescate de la historia de la región y, especialmente, a quienes estamos vinculados con la Academia Morista Costarricense. Ese proyecto evidencia que es posible desarrollar iniciativas fecundas, con capacidad multiplicadora, que ayuden a superar las carencias de nuestros países.

Dentro de otras posibles, una tarea importante es rescatar del olvido la más grande gesta de los centroamericanos de ayer y buscar la forma más adecuada de aprovechar su legado. Conocer nuestra historia reforzará nuestra identidad como región. Hoy como antes, debemos persistir en la ruta que marcó Juan Rafael Mora y sus compañeros centroamericanos de esa heroica generación. Ustedes, quedan invitados a sumarse a esos esfuerzos.

Muchas gracias por su atención.

BIBLIOGRAFÍA CONSULTADA

Acuña Ortega, Víctor Hugo. *Memorias comparadas: las versiones de la guerra contra los filibusteros en Nicaragua, Costa Rica y Estados Unidos: siglos XIX-XXI*. Costa Rica: Museo Histórico Cultural Juan Santamaría, 2008.

Acuña Ortega, Víctor Hugo, ed. *Filibusterismo y Destino Manifiesto en las Américas*. Costa Rica: Museo Histórico Cultural Juan Santamaría, 2010.

Molina Jiménez, Iván. *La cicatriz gloriosa: estudios y debates sobre la Campaña Nacional: Costa Rica (1856-1857)*. Costa Rica: Editorial Costa Rica, 2014.

Molina Vargas, Silvia Elena y Eduardo González Ayala. *Confrontación de las memorias sobre la Toma de la Vía del Tránsito*. Costa Rica: Museo Histórico Cultural Juan Santamaría, 2009.

Pérez Pineda, Carlos. *"Y perezca primero la patria que humillarse sin brío ni honor", la guerra centroamericana contra los filibusteros, 1856-1857*. El Salvador: Secretaría de Cultura

de la Presidencia. Dirección Nacional de Investigaciones en Cultura y Arte. 2014.

Pérez Pineda, Carlos. *Aliados en el campo del honor*. Costa Rica: Museo Histórico Cultural Juan Santamaría, 2009. Costa Rica: Museo Histórico Cultural Juan Santamaría, 1991.

Rafael Obregón Loría. *Costa Rica y la guerra contra los filibusteros*. Costa Rica: Museo Histórico Cultural Juan Santamaría, 1991.

Academia Morista Costarricense

Es una corporación docta, de bien público, con personería jurídica propia y capacidad ejecutiva para el cumplimiento de sus fines. Se fundó el 25 de marzo de 2015, al concluir la vigencia de la Comisión Nacional del Bicentenario del Nacimiento del Presidente Juan Rafael Mora, comisión creada por la Asamblea Legislativa.

Su misión principal es auspiciar la investigación, la enseñanza, la difusión de la vida, el pensamiento y la obra del Libertador y Héroe Nacional Juan Rafael Mora y su época, así como el ascendiente de su legado en el devenir de Costa Rica. Es objetivo de la Academia apoyar al sistema educativo nacional en la enseñanza del ejemplo del Héroe Mora, como fuente de valores para robustecer la ciudadanía, especialmente entre la niñez y la juventud.

La Academia está compuesta por Académicos de Número, Miembros Correspondientes, Miembros Asociados y una honrosa red de amistades.

La Colección "José Joaquín Mora" tiene el objetivo de dar a conocer los discursos de posesión de silla pronunciados por los académicos de número.

Obras publicadas en esta colección

El asesinato de la reputación de Juan Rafael Mora,
de Armando Vargas Araya

La prensa en la década de Mora,
de Elizabeth Fonseca Corrales

Prolegómenos de la etnografía indígena,
de María Eugenia Bozzoli Vargas

Sarapiquí: memoria y morismo,
de León Santana Méndez

Campaña Nacional: los cuentos como recurso didáctico,
de Lissette Monge Ureña

Costa Rica y México durante la Campaña Nacional,
de Tomás Federico Arias Castro

Políticas de gobierno de Juan Rafael Mora,
de Vladimir de la Cruz de Lemos

Legado de Juan Rafael Mora en política exterior,
de Manuel Araya Incera

Política fiscal de Juan Rafael Mora,
de Álvaro Ramírez Bogantes

El teatro en la época de Mora,
de Adriana (Mimi) Prado

Mis sueños como pintor,
de Manuel Carranza Vargas

La mesa en la época de Juan Rafael Mora, 1814-1860,
de Marjorie Ross González

La Trinidad: mil años de historia,
de Mauricio Ortiz Ortiz

La educación en los años de Juan Rafael Mora,
de Juan Durán Luzio

Costa Rica y España en tiempos del presidente Mora,
de Juan Manuel Villasuso Estomba

Juan Rafael Mora y la privatización
de tierras municipales (1849-1859),
de Ana María Botey Sobrado

La guerra contra los filibusteros:
una gesta centroamericana
de Sebastián Vaquerano

Permitido reproducir
el texto. Copiarlo
del sitio web de
la Academia